

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA MUJER SIN PASADO

por
SERGE GROUSSARD



Con un arte y una maestría que han merecido en Francia los más altos elogios de la crítica, Serge Groussard ha construido una novela de atmósfera apasionante y de impecable técnica, revelándose con ello como uno de los mejores escritores de aventura e intriga. En esta novela, que ha merecido los honores del Prix Fémina y donde los personajes tienen «el espesor de la vida», se conjugan características que muy rara vez logra reunir un autor, pues si el clima es poético y la trama podría adscribirse al género policial, la obra es esencialmente psicológica por el estudio profundo realizado en cada uno de sus personajes. Serge Groussard evoca con profundo realismo el drama de una mujer apasionada, pero también lúcida y fría. Este ser complejo concita en torno de ella las peripecias de una trama que, de página en página, mantiene suspenso el aliento del lector y recuerda sin desmedro a Teresa Desqueyroux, la célebre heroína de Mauriac. Pero Mado Le moine, incapaz de resistir a su deseo, torturada por el remordimiento, no sufre el asedio que la conciencia en falta impone a Teresa. La recia figura de Malard, el patrón de la barcaza —a cuyo bordo embarca la mujer sin sospechar, o intuyéndolo acaso con demasiada claridad, todo cuanto habrá de suceder— confiere a la obra toda su plenitud. Durante los cinco densos días de navegación, el conflicto pasional, el problema del dinero, la tragedia de los débiles y el abismo que separa a las clases sociales, son materia que alimenta incansablemente el creciente interés de la intriga. El mundo fuerte de los marineros, ambiente secreto, replegado sobre sí mismo, ha sido largamente estudiado por Groussard. No es de sorprender que lo describa en esta novela extraordinaria con sostenido vigor, en pinceladas maestras. El lector hallará en «La mujer sin pasado» todas las virtudes atrayentes de la novela de misterio,

coronadas por la más difícil y la máspreciada que pueda adornar a una obra literaria: la calidad.

LA MUJER SIN PASADO

Serge Groussard

A mi madre.

PRÓLOGO

Malard quería a su *Berceuse* más de lo que él se imaginaba...

Un tosco barco, de maciza armazón, construido en ángulos rectos. Trabajo esmerado. En las peores épocas del año se estaba protegido, se estaba bien ahí dentro. Hay maderas que se recalcan, se hinchan o son demasiado buenas conductoras del calor. Nada semejante era de temer con ese roble; un roble cabelludo de Alsacia, de grano apretado. Lo habrían dejado largamente crecer y endurecerse en su selva. Continuaba viviendo debajo del alquitrán: se le oía emitir extraños suspiros, silbidos o un murmullo que a duras penas se apagaba. O crujía secamente como esos artríticos que tienen los huesos duros.

Nunca pareció más vetusta la barca de la Sociedad General de Navegación que en sus primeros años... Malard en ese tiempo era marinero a bordo de ella. Era adolescente...

En aquella época la cabina-cocina del contraamaestre se encontraba en la popa, bajo la cubierta. Entre el techo de la cabina y la punta del eje del timón, una lona marcaba el emplazamiento del cuarto de los desperdicios. No había cabina para el timón y este se dirigía con la ayuda de una palanca toscamente encuadrada, una viga, que durante la época de los grandes fríos se recubría de un capazón de escarcha; para abrigarse un poco, el timonel tendía, en tiempos de lluvia o de helada, un toldo sobre tres estacas que siempre se tambaleaban. La cuadra estaba si-

tuada en medio de la barca, entre las dos bodegas. Y en la proa, el camarote del marinero al que se descendía levantando la argolla *herrumbrada de una pesada plancha de hierro*. Este alojamiento a menudo permanecía desocupado, entre otras razones, porque cuando un barquero es casado prefiere que las funciones del marinero sean desempeñadas por su mujer; de ese modo la pareja cobra doble paga.

Malard no tuvo cuestiones en sus primeros viajes. Quedó establecido, nada más, que *La Berceuse* era un extraño barco... La tripulación se sucedía manteniendo un ritmo curioso. Aunque estuviera a gusto, siempre había alguna cosa que la obligaba a irse: deficiencia profesional, fallecimiento, disminución de efectivos, cambios ordenados, etc. A decir verdad, las más de las veces era un «golpe sucio» el que echaba a los asalariados. Se hubiera dicho que también a los caballos y a los mulos les fastidiaba quedarse. Se morían o se volvían inútiles. Era tanto más costoso porque un animal de tiro siempre se acostumbra con dificultad a esas cuadras que aun en las paradas se mueven con el menor remolino.

En las oficinas de la S.G.N. se terminó por creer que la barca n.º 19 no tenía buena suerte. (En los ficheros del servicio material nunca se mencionaba a *La Berceuse*. Solo se hablaba de la B. 19). El director señor Moraille, alzaba los hombros: ¿dónde se irá a parar si se acaba por mezclar el comercio con la brujería?... La B. 19 era un buen barco, sólido y capaz de navegar mucho tiempo sin descanso por poco que se lo vigilara. Lo demás...

El señor Moraille tenía razón, puesto que *La Berceuse* se llenaba y se vaciaba, iba y volvía, trazaba y volvía a trazar su estela firme, obstinada, invariable.

Hacia 1930, una coalición de grandes intereses logró obtener que la sirga con animales de tiro fuera prohibida en las aguas del Norte y del Este. Sea dicho al pasar, esta alteración, que tanto favorecía a ciertos capitalistas, contri-

buía a aquello que se acostumbra llamar el progreso. Se limitaron los horizontes de la barca de la S.G.N. Esto molestó al joven Malard, quien solicitó el traslado, que le fue concedido.

El 12 de abril de 1938, en una tarde oscurecida por una sucia neblina, Le Riquet, automotor de hierro de la S.G.N., estaba estacionado frente al dock 17 del puerto fluvial de Ruán. El capitán del *Riquet* (el patrón de una embarcación de motor tiene derecho al título de «capitán») se encontraba en la sala de espera de la Inspección Náutica, en donde debía hacerse firmar el itinerario; en cuanto a su marinero, con un balde en cada mano se dirigía plácidamente a sacar agua potable de la canilla ubicada al extremo del dock.

En ese momento apareció un rompehielos que volvía de la exposición Náutica de París. El rompehielos no recibió respuesta a sus llamadas de sirena, que se ahogaban entre el vapor blanquecino. Deseoso de amarrar con rapidez mientras el tiempo fuera bueno, picó directamente hacia el sitio que ocupaba el automotor: en esa forma arponeó al *Riquet* a lo ancho, hundiendo su punta en la parte sumergida del barco como una hoja de cuchillo en la manteca. Un minuto después, la embarcación de la S.G.N. yacía inexorablemente a cinco metros de la superficie. El señor Moraille aceptó esta pérdida con tanto más de resignación cuanto que él había pagado regularmente a sus aseguradores. Pero estos, para amortiguar las costas, tuvieron la idea de sacar del agua el motor del *Riquet* —un Diésel de cincuenta caballos— y devolverlo al director de la S.G.N. después de haber hecho comprobar por un experto que dicho motor estaba en condiciones de servir nuevamente.

Servir, pero ¿a qué barco? El señor Moraille convocó al consejo administrativo de la sociedad, y estos señores decidieron ordenar un examen minucioso de la B. 19. Era un barco de madera, ciertamente; pero se lo sabía flexible a

las maniobras, resistente a los choques, insensible a las temperaturas, de un tonelaje inigualable, cálculo inferido de sus dimensiones. El examen fue terminante: *La Berceuse*, a pesar de sus veinte años de antigüedad estaba intacta, tan sólida y segura como las más costosas de sus jóvenes hermanas de acero. El señor Moraille decidió transformarla en automotor.

Por última vez dos mulos remolcaron la barca hasta los astilleros de Briare. Se quiso, desde luego, introducir el Diésel en el cuarto de los desperdicios, que resultó demasiado exiguo. Entonces se lo instaló en donde, hasta ese momento, había estado el camarote, lo que permitió tener una hermosa maquinaria, ancha y bien ideada. Sobre la cubierta, más arriba de la sala de máquinas, se levantó la timonera, una timonera moderna con vidriera y techo de cedro. El nuevo camarote del capitán ocupó el espacio reservado hasta entonces a la cuadra. En cuanto al alojamiento del marinero, se le hizo más fácil la entrada quitando la plancha y colocando en su lugar una cúpula de madera barnizada a la que se penetraba por una puertecita de dos hojas.

La Berceuse estaría en lo sucesivo pronta a comenzar la segunda parte de su existencia. Y sus antiguos habitantes tal vez se habrían conmovido si la hubieran podido ver la primera vez que su motor empezó a zumbiar, y se encendieron las lámparas eléctricas, una después de otra, en cada pieza.

En ese momento el señor Moraille convocó a Malard, que era entonces marinero a bordo de una barca de hierro del tipo *Spits*, conducida por máquinas.

–Voy a confiarle un automotor... –le dijo el director–. Es *La Berceuse*...

Malard se quedó unos minutos como en suspenso.

–Un automotor... –acabó por responder–. Usted no puede saber... desde cuánto tiempo espero eso...

El señor Moraille volvió la cabeza porque leyó en ese rostro curtido una emoción de la que él mismo se sentía invadido.

Y, pesadamente, un poco más rápida y más ruidosa que otras veces, la barca de la S.G.N. surcó los canales y los ríos, de Amsterdam a Roanne, de Huningue a Dortmund, de Ruán a Lübeck... Jamás había ido tan lejos. Conoció las dársenas de Lille, las mareas bajas del Escalda, las lozás de Maestrícht, las nieblas ennegrecidas del Ruhr, las llanas praderas del Groningue y las sirenas de Hamburgo. Tuvo que luchar con toda la fuerza de sus cincuenta caballos para vencer el viento de proa que provenía del cercano Báltico. En la época de la gran huelga de la empresa de transportes, poco antes del mes de setiembre del 39, permaneció en medio de sus hermanas, unida a ellas por medio de cables, de borda a borda, inmóvil durante semanas, obstruyendo el Sena, en Conflans. Ya no era un barco herido por la mala suerte. No sufría más molestias que los otros...

Pasaron once años. Años monótonos y plenos. En medio de los dramas, extensiones inmensas de rutina... *La Berceuse* avanzaba, avanzaba, entre tantas riberas... Le tocó estar bloqueada durante un mes en un canal porque la esclusa siguiente debía ser reparada, o porque en la parte descendente del canal donde las compuertas se cerraban delante de su proa, no había bastante agua entre las ardientes orillas. Otras veces era la furia de las crecidas; entonces no era posible remontar el río porque en esos momentos el agua, que los ribereños creen serena, se agita y se retuerce en sus profundidades produciendo invisibles e infranqueables tempestades.

«Es el oficio», decía simplemente Malard. Y por cierto, ninguno creía que dependía de su valor, puesto que no podía hacer nada, como tampoco lo había podido cuando su barco estuvo bloqueado por los hielos, clavado contra

un muelle a la entrada de La Ferté, durante casi un mes del terrible invierno del 40 al 41.

El oficio... Lo que había de fastidioso era que, en ese caso, jamás se sabe lo que le ha pasado al armazón de una barca mientras no se la saca del agua. Y se corre el riesgo de tener repentinamente un percance, sin razón aparente, si no se tiene la prudencia de precaverse. Malard, en cuanto le era posible, conducía *La Berceuse* a un astillero. Se izaba la barca a un carenero (era tan pesada que su capitán hubiera temido a los accidentes si el carenero en lugar de ser de hormigón hubiese sido de madera) y se verificaba cada pulgada de su casco. Luego, mejor que si hubiera sido nueva, *La Berceuse* volvía a partir con su segura lentitud.

EL PRIMER DIA

CAPÍTULO PRIMERO

Jeanjean entró en la timonera y se acercó a Malard. Este estaba de pie, junto al volante. El sol hería con dardos de fuego el agua que centelleaba como si fuese a arder. *La Berceuse* acababa de pasar a una urca entoldada remolcada por dos mulos, y que tenía el nombre de *Charlot*. El personaje esmirriado, que empuñaba el timón de la urca, miraba fijo delante de él con aire de descontento.

–¡Este padre Laugier! Ni siquiera me contestó cuando le grité buen día –dijo Jeanjean.

–Nada se pierde con esperar. Es capaz de reventar sus bestias por alcanzarnos y demostrarnos que él puede correr tan rápido como nosotros.

–A él le será fácil. Con todas esas esclusas y esos malditos reglamentos sobre la velocidad máxima...

Malard alzó los hombros. Hubo un silencio. Hacía tanto calor que cada gesto cansaba.

–No estoy descontento con usted. ¡Al contrario! –lanzó de pronto Jeanjean.

Bajó a medias los párpados al percibir una sensación agradable; su patrón había dejado abiertas las persianas y levantado el vidrio superior del parabrisas; en esa forma sentía, por momentos, algo así como una corriente de aire.

Malard no reaccionó, pero frunció un segundo las cejas. El marinero continuó:

–Solamente... me gustaría llegar a ser capitán, yo también... ¿No es justo, capitán?

Malard lanzó un confuso gruñido.

–O por lo menos... –continuó Jeanjean–, si me nombraran contraмаestre, me conformaría. Sí, ¡caramba! Sin embargo, solamente los automotores me interesan. Se paga más en los automotores, y, además, me molestan los barcos de tracción.

–¿Te molestan? No es posible –opinó Malard echando un vistazo al pelo duro y negro que el marinero enredaba con sus manos húmedas.

El muchacho, siguiendo su idea no lo escuchó y continuó:

–Sí. Valdría la pena que me ensuciara durante un tiempo en los barcos de tracción si fuera contraмаestre. Siempre saldría ganando.

–¿Hasta dónde quieres llegar? –dijo Malard.

Las miradas de los hombres se cruzaron un instante. Una mirada detenida que no prestaba atención al físico y que buscaba simplemente sorprender el estado de alma de cada cual. Se conocían tanto... Sabían que habiendo en los rasgos de uno una cierta contracción, una cierta sombra, valía más diferir la conversación, o, a la inversa, no eludirla.

–Querría que usted me ayudara, capitán –dijo Jeanjean.

Malard mantuvo el semblante impenetrable y continuó haciendo dar vueltas la gran rueda de cadena. Iban a entrar en Montargis. Jeanjean reflexionó, las manos en los bolsillos, y dirigió los ojos hacia la proa del automotor; vista desde ahí parecía extrañamente lejana. Avanzó sus labios carnosos y lanzó con voz apurada:

–Usted comprende, ser marinero después... veamos... después de once años... Es así: tenía catorce años cuando

empecé. Un contrato...

–Hay los que han pasado la cuarentena, y no tienen comando.

La Berceuse acababa de deslizarse bajo un puente. Su casco amenazador dio un viraje temblando de popa a proa.

Jeanjean sacudió la cabeza.

–No lo niego, pero ellos no tienen instrucción. No saben leer ni escribir. ¿Usted se da cuenta entonces? Sería exagerado, si...

Se detuvo bruscamente con una súbita expresión de recelo, mirando de hito en hito a Malard. Este apenas había pestañeado, y parecía no haberle dado importancia a lo que había dicho su vecino.

–No digo esto por usted –precisó, no obstante, el marinero–. Desde luego usted sabe leer... un poco...

–Y, además, soy capitán –completó plácidamente Malard.

Apretó una palanca que se encontraba al extremo derecho del tablero de comandos: inesperada y triste resonó una sirena.

–Advierte –agregó– que hay colegas que saben leer *un poco*, como tú dices y que a pesar de todo son marineros cuarenta años y también más.

Mientras hablaba y dirigía el volante, miraba el castillo que se divisaba al Oeste, elegantemente colocado en la cumbre de una colina; Jeanjean sintió que su inmovilidad iba a disgustar. Se puso a rozar con una rodilla el vidrio del fondo y dijo:

–Para todo hay una razón. Si son marineros es porque deben ser marineros.

–Sin ninguna duda –admitió cortésmente el capitán de *La Berceuse*.

–Y yo –prosiguió. Jeanjean–, hay que decir también que no tengo nada que reprocharme. Usted mismo lo reconoce en sus buenos momentos.

Dejó de acariciar el vidrio buscando visiblemente una aprobación que no llegó. Los pocos movimientos que acababa de cumplir lo hicieron traspasar. Continuó:

–Y seguí los estudios hasta recibir el diploma. ¡Es algo! Y nadie puede decir lo contrario: tengo las pruebas.

–Eso no se discute –opinó con dulzura su patrón.

–Entonces, ¿por qué no tendré barco antes de cuarenta años? Por otra parte si no me dan satisfacción, ¡a esa edad hará mucho tiempo que habré dejado de navegar!...

Después de haber dicho esto con voz febril, dio dos pasos hacia Malard, frotó al azar la palanca del embrague con su rodilla y terminó con apasionamiento:

–Si usted insistiera ante la dirección del personal, capitán, ¡puede ser que no me hagan esperar mucho la promoción!...

Malard, con una mano sobre la rueda, se volvió tres cuartos hacia él.

–Pero tú ya sabes lo que el señor Moraille ha explicado –dijo–. A mí no me ha dicho una cosa distinta: en un año y medio o dos si eres bien conceptuado... por consiguiente, si yo te conceptúo bien... y si hay vacantes, serás amo en tu barco. Y yo compadeceré a tu marinero.

Jeanjean se precipitó hacia el pasamano y lo lustró frenéticamente.

–¡Dos años!... ¡Vaya pues! ¡Mi pobre Jeannette!... ¿Esta es una vida para novios? –dijo suspirando.

En su cara redonda, los ojos pequeños unidos a los párpados hinchados daban la impresión de agrandarse.

–¿Qué te impide casarte desde ahora?

–¿De qué serviría? No tenemos para vivir juntos...

–¿Qué cantinela es esa? Ella cose: ¡y bien! continuará cosiendo aquí, Y si además se ocupa de mi ropa y de la cocina le pagaré.

–Jeannette jamás subirá a *La Berceuse*.

Malard entreabrió la boca. Tenía aire divertido.